

REVISTA LITERARIA

PUBLICACION QUINCENAL

Precios de suscripción

Capital un mes	\$ 0 80
" trimestre	" 0 70
Número suelto	" 0 14
" atrasado	" 0 20
Campana un mes	\$ 0 40
" trimestre	" 1 00

ADMINISTRADOR: Eduardo Guimera Mac-Eachen

Peluqueria de la Esperanza

DE

DOMINGO BESUN

98 — Calle Agraciada — 98

Esta casa cuenta con un surtido completo de artículos para hombres. Perfumería de las mejores fábricas extranjeras.

MONTEVIDEO

DISPONIBLE

SASTRERIA

DE

ADRIANO LACASSAGNE

25 de Mayo 227 esq. Misiones

MONTEVIDEO

Ofrece a sus numerosos favorecedores y al público en general, un completo surtido de casimires para la presente estación proviniendo de las mejores fabricas de Francia e Inglaterra.

AL TUPI NAMBA

Casa única y especial en elaboración de café

De Francisco San Román

BUENOS AIRES Y JUNCAL

MONTEVIDEO

ALMACEN

DE COMESTIBLES

ANTONIO J. N. GIUDICE

Especialidad en Lozas, Cristales, conservas, licores, etc., etc.

25 de Mayo núm. 398 a

MONTEVIDEO

INSTITUTO SANITARIO URUGUAYO

Baños higiénicos, salados, de asiento, de afrecho, de almidón, sulfurosos, alcalinos, mercuriales, aromáticos, de vapor, turcos, rusos, turcoromanos. Masaje higiénico y científico médico. Duchas frías, calientes, escocesas, alternas, sulfurosas, aromáticas y de vapor. Electricidad galvánica y farádica. Fricciones medicamentosas.

CARLOS SIEMERS Director
SORIANO 71 MONTEVIDEO

AÑO I.

MONTEVIDEO, JULIO 20 DE 1900

NUM 5

Revista Literaria



PUBLICACION QUINCENAL

Director:

RAÚL MONTERO BUSTAMANTE

Redactor:

EDUARDO RICHLING (HIJO)

Administrador:

MANUEL ACOSTA Y LARA



DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION

CALLE RINCON 51

SUMARIO

Manuel J. Sumay	Ananké
Florencio Otero Mendoza.	Corazones
Manuel Acosta y Lara.	Corina
Ernestina Mendez Reissig.	Hermana
A. Mauret Caamaño (chileno)	De Otoño
Horacio E. Castellanos	Pobre Gaucho
Carlos González Carvallo	Un Recuerdo
Platón A. Arredondo Herosa	Tristezas
Raúl Montero Bustamante	Versos
De la Redacción	Notas

MENSAGERIAS FLUVIALES DEL PLATA

Salidas para Buenos Aires y puertos del Uruguay

Lunes	Vapor	Helios
Miércoles		Tritón
Viernes		Labrador
Sábado		París

Salidas para el Litoral Uruguayo

Miércoles Montevideo
Agencia: Piedras 173

REVISTA LITERARIA

PUBLICACIÓN QUINCENAL

DIRECTOR: RAÚL MONTERO BUSTAMANTE



AÑO I N.º 5

Montevideo Julio 20 de 1900

TOMO I

ANANKÉ

El trágico ataud de mis amores,
encerraba el cadáver de mi Hastío,
y sentí, sobre el alma sin albores,
el invierno de todos los dolores
y el solemne silencio del vacío!

Yo estaba mudo y solo! Y era una
mi estrofa de dolor ante el Estrago;
y sobre el dombo de una nube bruna
flotaba un largo rayo de la luna
en forma de puñal....

¡Era el de Yago!

Sobre un fondo de sombras, ténues cirios
finjfan las estrellas en el cielo;
y apurando rojo zumo de martirios
Otelo estrangulaba sus delirios
en medio de las sombras....

¡Yo era Otelol!

En su lecho de púrpura y de oro
como un ángel Desdémona dormía:
no sé lo que sentí; yo mismo ignoro

si temblé, y aún más trágico que el moro de brazos me cruzé con ironía.

Yo estaba mudo y solo. Y una estrella rubricaba en el cielo mi venganza....
Y en la fina garganta de la bella mis manos aferré....

Y en la doncella acababa de ahogar á la Esperanza!

SUMAY.

1900—Buenos Aires.

CORAZONES

I

—¡Dios mío! . . . Es mucho sufrir; no parece sinó que mi corazón va á estallar. . . ¡Cuanto poder hay en su mirada! . . . ¿Pero, porqué yo no la comprendo? . . . Ojos verdes, ojos verdes, misteriosos ojos verdes. . . Si yo pudiera una vez sola, una, durante tres minutos, sobreponerme á todos estos latidos miserables. . . ¡Oh, no! Miserables nó; yo sufro horriblemente, yo no he conocido jamás un dolor mayor que el que me hace soportar esto que siento; pero, es hermoso, es grande, es sublime. Un minuto, solo, de paz, me paga generosamente todos los dolores. . . Ah, más entre tanto ahora. . . ¡ Oh, cuanta maldad! Parece increíble que tu cabecita adorable, esa cabecita como una flor del cielo que se yergue sobre su talle místico, esa cabecita que llegó la pri-

mera al reparto de estuches de besos, eligiendo el más encarnado, el más gracioso, el más perfecto, esa cabecita que se llevó (¡sobretodo!) los ojos más primorosos, los que se hallaban en la vidriera del cielo para entusiasmar á los clientes, encierre tanta maldad. . . ¡Es que, seguramente, llegaste tarde al reparto de corazones; por haberte entretenido demasiado delante del espejo, contemplando las enloquecedoras luces de los verdes ojos misteriosos que te tocaron en suerte! Tanta felicidad en la elección de todos los adornos de tu rostro, debió, por fuerza, equilibrarse con la ausencia de ternura. . . Que mala ¡Que mala Dios mío!

—Si yo muriera, sería feliz. Si, muerto, extendido sobre esa cama, con el corazón frío, inflamado aún por el dolor que en vida consiguieron producirme los ojos verdes misteriosos; mi familia consternada, abrumada ante mi muerte; y mis amigos, que han llegado los primeros, rodean el lecho y dejan caer de sus labios palabras hermosas, como las flores que piadosas manos femeninas depositan sobre mí. —“¡Pobre amigo, tu eras bueno, demasiado bueno, tu corazón, de veinte años, era muy grande y los dolores repercutían en él demasiado fuerte; por eso has muerto! Allá vá uno de mis amigos corriendo; es el más íntimo, que lleva en la mano un papel escrito por mí en mis últimos momentos: es una carta para los verdes ojos misteriosos. . . ¡Es imposible que ellos no se conmuevan, no derramen lágrimas al saber que yo he muerto, al léer mi último pensamiento en la carta! . . . Tu no tienes corazón, tú, la propietaria de los ojos verdes misteriosos, pero, ellos, ¡oh! ellos sí; ellos tienen allá en el fondo del misterio, un torrente de dulzuras y bondades, que no pueden nacer sinó de un corazón superior. . . Si no fuera así ¿podría yo amarlos? ¿Podría yo sentir correr velozmente la sangre por mis venas, cuando ellos se posan en mí? ¿Me emocionarían, como si viera el acto más grande de caridad, al sentir que me ven? . . .—

“¡Muerto! ¡Muerto! ¿Es posible?”—dirán los ojos verdes misteriosos. Sí, sí, ¡y tan posible! Muerto, muerto. Dios lo ha querido así, porque tuvo compasión del dolor que la maldad de vuestra dueña se gozó en producirme; la maldad de esa mujer, divina y mala, que ahora levanta sus manos para ocultar las lágrimas que asoman á vosotros y que pretenden correr por sus mejillas, marchitándolas! Ella creyó que podría hacerme sufrir impunemente, que yo sufriría siempre, siempre, sin acabar jamás, con una resistencia de monstruo . . . , pero, ¡ya lo veis! Ha sido burlada, se me ha hecho caer ¡y ya no siento el dolor! . . . Ojos verdes, misteriosos: vosotros, que teneis corazón, ya no podreis mirar á nadie, me sereis fieles, y si ella quiere obligaros á mirar á alguno, cerraos, ocultaos detras de los párpados . . . ¡Pero no! . . . nó, esto no es posible: ¡Ella os ama! Ella os contempla á todas horas, os dice que sois hermosos, que sois su crédito, que caerá al golpe lento de los años toda su hermosura, pero, que vosotros quedareis siempre bellos, para ser eternamente amados, que vuestra luz es su alma que no muere . . . , y vosotros. . . ¡Vosotros tampoco teneis corazón, y sois vanidosos y estais orgullosos de vuestro marco y llegaís á creer en la luz de esa alma voluble . . . y sois malos, perversos . . . como élla, como vuestra dueña! . . . ¡Me inspirais lástima! ¿Y como no ser así? ¿Como no ha de inspirar lástima que no valga una hermosura por falta de corazón; como no ha de inspirar lástima, Dios mío?

—¡Que ridiculas son todas estas voces! Todas estas cosas que estoy pensando no tienen nada de formal . . . Nó, es que no són cosas que yo estoy pensando: yo no pienso eso; són cosas que estoy sintiendo. El cerebro está adormecido, cansado del trabajo del día prosaico, cansado de la tortura en que lo puse en el baile . . . , ahora, como esos hombres serios que gustan deleitarse de noche con música sentimental, no hace más que oír lo que

siento, lo que dice el corazón. Si estuviera despierto no se oirían estas cosas: El no ama; el amor de él, es como la admiración de los dueños de bazares por las obras de arte.

¿Y élla? ¿Es posible que su desgracia sea tanta, que no sienta? . . . Ella sabe que yo la adoro; apenas se lo he dicho, pero, aún así mismo, ella lo sabe muy bien . . . y si al principio—como para entusiasmarme más—demostró que yo no le era desagradable, ahora se goza en martirizarme, con un refinamiento increíble. . . Esta noche, en el baile, con aquel imbécil. . . (¡Que imbécil es Marlés!) . . . Cuando yo estaba parado en la puerta del salón, ella me miraba profundamente. . . (de eso no puedo dudar, estaba bien claro) . . . me miraba con amor . . . (parecía que era con amor. Esto de si era ó nó con amor ya no está tan claro; . . . nó, nó! también estaba claro, clarísimo; ella no podía haberme mirado así sinó para corresponderme, porque sabe muy bien. . . . Sí, sí, ¡ella es apropósito como para pedirle lógica, cosas naturales. . . ! Es capaz de proceder de un modo impropio sólo por reírse y despreciar á lo justo, á lo correcto, á lo que debía ser. . . —) . . . Yo me acerqué después de un instante, y entonces ella se hizo la distraída y tuve que hacerme notar llamándola tres ó cuatro veces; . . . hasta que me miró con una indiferencia inconcebible, como si yo le fuera alguna persona absolutamente desconocida . . . ¡Pobres de nosotros, los enamorados!: siempre estamos al borde de ser prtagonistas en escenas dramáticas. En su proceder para conmigo, en aquel momento, una parte de mi encontraba que estaría justificada una escena de las más patéticas por ejemplo concertar un duelo allí delante de ella con el imbécil, ¡el tal Marlés!, después de pronunciar algunas frases de esas que són como las prensas que, con calma, sin descomponerse, sin esfuerzo aparente, van apretando hasta triturar. . . (También es justo pensar que una mirada de la mujer que uno

ambiciona— en menos que lo que se piensa—lo eleva á uno, con un optimismo eléctrico. al colmo de la felicidad, y con otra mirada y en el mismo tiempo, lo baja con un pesimismo aterrador al extremo de la desesperación! . . .) . . . Toda la noche manifestándome un desvío humillante, encontrando momentos de que disponer para este y para el otro—y especialmente para ese imbécil de Marlés—y cada vez que yo suplicaba como un pordiosero

que me concediera uno á mí, no le era posible hacerlo . . . y sin embargo, yo bien observaba que sus ojos, ¡los divinos ojos verdes, misteriosos! me buscaban á ratos entre la gente, y los regios espejos que adornaban las paredes de los salones, la servían de secretos intermediarios. . .

.
Allá vá, bajando la magestuosa escalera de mármol tapizada de espesas alfombras y de flores; vá envuelta en el largo tapado de pieles que le suben hasta la cabeza, ¡vá del brazo del imbécil!. Yo la

contemplo, con dolor y con rabia que matan, oculto detras de un jarrón del recibidor. . . Su amiga, la hija del dueño de la casa, que la vé partir, dice dirigiéndose á élla y haciéndola una cariñosa amenaza con el abanico: “¡Has sido cruel!” y ella levantando sonriente la cabeza, como si su amiga le dijera, “has sido buena,” contesta, mientras los ojos verdes, misteriosos, giran y me vén: “¡E! que sufre, no olvida!” y sigue bajando la

Este sitio debió ser ocupado por el retrato de Florencio Oro Mendoza que no ha sido remitido aún de Buenos Aires.

escalera muy apretada al brazo del imbécil.

.
Esto no puede ser . . . ¡no puede ser! . . . Ya no habla el corazón: está adormecido por su misma charla. . . Esto ya acabó: el idilio, el amor . . .—ó como se quiera—se ha hecho imposible con esa mujer. . . ¿Que ha dado, hasta ahora, élla, en pago? . . .

Leonardo, parecía dormido. Se hallaba sentado en un cómodo sillón y ocultaba el rostro sobre el brazo, que apoyaba en la mesa sirviéndole de almohada. La débil luz de una palmatoria con pantalla verde-claro que se hallaba sobre la mesa de noche, mantenía casi en la penumbra al aposento. Hacía ya un rato, que había regresado de un suntuoso baile efectuado en una legación sud-americana: y sin darse más tiempo que el necesario para encender luz, y quitarse el abrigo y el sombrero arrojándolos sobre una silla, se había dejado caer en el sillón. En el baile, estuvo todo el tiempo sintiendo una rara molestia intermitente, se había dominado hasta ese momento, aturdiéndose á sí mismo, alejándose de sí, pero, en medio de sus risas superficiales, aquello inexplicable no le había abandonado, haciéndosele presente al producirle una incomodidad nerviosa, como al presentimiento de un peligro. Se había sentado allí, para observar resueltamente los dobleces de su espíritu, escarbando en los recuerdos, para desmenuzar—á fuerza de darle vueltas—á aquella incomodidad. Allí nadie le veía, nadie le molestaba: podía comenzar la conversación íntima, la que se produce sin antifaz, sin miedo á la traición. . . Y el corazón era el que había hablado.

Cuando se levantó de allí, malhumorado, pasándose la mano por la cabeza, como para hacer desaparecer las preocupaciones, se aperció que principiaba á clarecer. El ténue resplandor de la luz del nuevo día pareció sepultarle en una ola de realismo, que le alejaba rápidamente de la noche del baile, de los pensamientos tiernamente amorosos: Le pareció que ya habían pasado años de

todo eso. Entonces cerró los postigos, y luego mientras comenzaba á desnudarse delante del ropero, cuyo espejo retrató su palidez cobriza, sus ojos dormidos y ojerosos . . . , exclamó con energía:

— ¡Sí, acabó! Está visto que no me quiere.

II

—“ . . . el Señor es contigo; bendita tú eres entre las mujeres, y bendito . . . ” Esto es ser mala por el gusto de serlo; porqué, al fin y al cabo, él, ¿que me había hecho? ¿vamos á ver? . . . ¿que me había hecho? . . . ¡Nada! Absolutamente nada . . . ¿Porqué seré yo así? . . . ¿Serán presentimientos? . . . ¿Serán reproches inconscientes á futuros malos procederés de él? . . . Yo le quiero . . . le quiero . . . ¡yo siento que le quiero! . . . : Hay dos mil personas reunidas; yo dirijo la vista, y al primero que veo es á él, que parece que atrae mi mirada sobresaliendo entre los demás con un *no se que* de particular . . . de único . . . de . . . de especial; su rostro me parece más acentuado que los otros, más conocido, con más luz, con más acentuación en los rasgos . . . ; su cuerpo, su vestir, ¡todo él! me semeja más preciso, más completo . . . : cuando le véo rodeado de otros, me parece que es algo así como si fuera un joven general rodeado por sus soldados; ese es el efecto que me produce: ¡se arranca del cuadro en primer término! . . . Pero, ¿será que tengo secreto miedo de que se envanezca demasiado, si demuestro atenderle con marcada preferencia? No lo sé ¿quién sabe? Es que yo siento, al verle, primero mucha alegría, así como si me entrara con él la felicidad; luego, lo que le véo acercarse sonriente, con aquel mirar dulce, la cabeza erguida y algo inclinada hácia un lado, como diciendo: ¿A ver que teneis que decir de mí?” me dá un deseo tal de verle moíno y cariacontecido, y de hacerle trastadas inocentes, que le hagan andar detrás de mí sufriendo y mendigando favor . . . ! No puedo con-

tenerme, sé muy bién que hago mal, que él no merece esos procederés, pero, yo no sé si es que le véo tan perfecto, tan completo, que me hace desear—obedeciendo quién sabe á que sentimiento extraviado—verle un poco menos irreprochable, perdiendo el pié, la sangre fría, la seguridad de sí mismo y cometiendo vulgaridades . . . ¡que el caso es que lo hago! . . . Por más que si lo hago con esa intención, él no me dá gusto rebajándose, por el contrario: insiste, vuelve me mira de lejos, observo que se aflije . . . , ¡pero todo con tanta distinción, que encanta aún más! Nada de esos arranques celosos, brutales, que tienen frecuentemente la mayor parte de los enamorados, cuando nosotras queremos reírnos de esa faz de ellos nó, esos celos guarangos, que llegan en algunos momentos á obligar á muchos á prescindir de las conveniencias sociales y de la educación, no los conoce él no los lleva en la sangre. . . Tampoco conoce ese estudiado desdén—aliado precioso en nuestras manos—con el cual muy mal tratan muchos de ocultar su pasión, siéndoles, en castigo, puerta que se abre para mostrar su falta de cultura, que les lleva á cometer verdaderas groserías cuando quieren dar muestras de indiferencia . . . ¡Ese *desdén apasionado*, terriblemente indiscreto, que pone más de manifiesto la baja codición, que los celos del negro Oteló la brutalidad ¿que ha de conocerlo él,? si es adorable! . . . Entonces . . . ¿entonces? . . . ¡Entonces el caso es que sufro, que rabio contra mí misma, que me desespero por ser, más que mala; zozca! . . . En vez de tratar de parecer bién á sus ojos, hago lo contrario; obligándole talvez, á que se aburra y piense que soy necia . . . y sin seso . . . y se vaya á desenamorar de mí . . . y á entusiasmar con alguna otra . . . ¡Oh, nó! . . . Nó, virgencita del Cármen mirame aquí de rodillas, rezándote, arrepentida . . . ¡Que frío! . . . Debe de ser tarde . . . No me abandones, virgencita, no me abandones . . . “Dios te salve, María, llena de gracia; el Señor es contigo . . . ” ¡Sil, ¿como es posible que me conside-

re?; debo parecerle una pobre cosa, ¡yo una pobre cosa!, yo, que le comprendo tan perfectamente, y que estimo tanto todas sus buenas cualidades . . . Sí, sí, es justo que lo piense; si no soy, por lo menos me he portado como una pobre cosa . . . Pero . . . ¡pero, yo no tengo la culpa! . . . Es casi contra mi voluntad que he sido así . . . Nó, nó, he sido frívola, sí, sí, . . . yo tengo la culpa . . . ; no he sido seria, y yo tengo el deber de ser seria, de ser juiciosa . . . , tengo el deber de tener energía, tengo el deber de no hacerle sufrir, de no ser mala . . . ¡Nó, no tengo deberes: no tengo más que dejar que brote del corazón todo el cariño que le tengo! . . . Hoy lo prometo ¡lo juro!, lo haré así. Nunca lo he prometido tan seriamente . . . ¡Ah! Y cuando aparezca aquel maldito sentimiento evtraviado, perverso, que viene á decirme que quiere verle menos irreprochable . . . ¡crac! . . . ¡ya me encargaré de retorcerle el pezcuelo! . . . Estoy contenta, muy contenta. ¡Es que nunca le he querido tanto como hoy, Dios mio! Y la plegaria á la Virgen, tantas veces interrumpida, se elevó, por fin, al cielo brotando fervorosa de los labios de Susana, que se hallaba de rodillas en el reclinatorio de su alcoba, envuelta en un largo abrigo, despojada ya del lujoso vestido que acababa de lucir en el baile celebrado en una legación sud-americana.

FLORENCIO OTERO MENDOZA.

Montevideo Junio de 1900.

CORINA

(CUENTO)

A. Eduardo Richling (hijo)

Corina, la filili, la princesita del colegio, se había casado y lloraba el desencanto de sus ilusiones.

Ella había soñado vivir en otros mundos en donde las primaveras son eternas, donde las flores nunca mueren y jamás se despojan los árboles de sus hojas.

Ser adorada, sentir siempre una caricia tierna rozándole la frente; verse retratada en la pupila de los seres á quienes ella quería, era la suprema aspiración de sus locos devaneos y rosadas ilusiones.

En su cabecita romántica de rubias trenzas, tejieron muchos palacios las hadas en sus sueños; ideas extrañas fueron á habitarlos haciéndole concebir un imposible de amores y alegrías.

A veces, cuando experimentaba esa languidez que invade suavemente nuestro espíritu haciéndonos sentir ganas de llorar sin saber porqué, ella pedía como si presintiese la muerte, que la encerraran en una caja de caoba envuelta en tules y entre flores, que la lloraran mucho y nunca fueran á olvidarla.

¿Era eso un imposible? No; no era un imposible.

Muchas historias tristes había leído que le arrancaron lágrimas. Envidió el infeliz destino que llevó al sepulcro á muchos amantes infortunados, sintiendo dilatarse su alma

extremecida por un sentimiento grande y puro, cuando pensaba ser ella la muerta adorada á quien arrojaban flores en su camino al cementerio donde siempre velaba un alma sobre su tumba.

La aurora como amiga de sus quimeras vino á despertarla muchas veces. En esa hora melancólica que invita á la meditación, entre los tules bañados apenas por un reflejo amarillento, se veía como la ninfa de los bosques vestida de gotas de rocío corriendo por prados alfombrados de violetas y ataviado de rosas y jazmines, recibiendo todas las armonías que vagan en el aire como si para ella las hubiera puesto el Creador sobre la tierra.

Eduardo la amaba si, pero no como ella quería.

Su alma siempre ávida de impresiones desfallecía, marchitándose como una flor sin riego en medio de aquella vida monótona que tanto se diferenciaba de la que idealizó en el secreto de su alcoba perfumada de niña.

Corina lo quería á sus pies pendiente de sus labios; y sin embargo nada había conseguido hasta ahora que fuera un sacrificio, ni siquiera hacerle faltar á sus ocupaciones un solo día en que le pidió para pasarlo en el campo.

Con todo no quiso que aquellas guirnalda cargadas de flores que ella había elevado en su alma hasta el cielo de la felicidad más completa cayeran atenuadas resbalando por la pared liza de un indiferentismo cruel ó de un cariño mal comprendido.

Acaso un acontecimiento cualquiera hiciera encender en su corazón esa chispa que buscaba en vano en los ojos de su esposo,—y ese acontecimiento ella lo vino combinando pacientemente con la firmeza de un general que empeñado en ver rendida una plaza, madura un plan que ha de darle al fin su posesión.

Los celos son el arma más terrible que hiere hasta lo hondo y arranca fuego de las almas más indiferentes.

Eduardo tenía un amigo íntimo; á el eligió, pues, para poner en práctica su proyecto

¡Ah! entónces el desencanto fué más grande.

Apesar que no probaba alimento y de que la mayor parte del día lo pasaba triste y llorosa, su esposo no mostraba la menor inquietud, no dejando ver la más leve sombra de sobresalto aún ante aquellas demostraciones vivísimas que en un arranque de rabia le hacía á Alberto, su amigo que tampoco parecía preocuparse por ellas.

Aquella noche tentó el último esfuerzo.

Era posible que la confianza ilimitada que depositaba en su esposa le hiciera invulnerable á la sospecha de una infidelidad, pero ese golpe que ella preparaba para lo último como la bala más pesada que se arroja después de esterilizados todos los recursos, tenía que hacer estallar en una explosión inmensa de cariño, la fría calma que él usaba ante sus caprichos que parecían molestarles reprimiéndolos con una mirada severa de desagrado.

Una carta que le llegara al Club diciéndole que lo abandonaba para irse con Alberto, haría en un segundo lo que no había logrado toda la comedia que había venido manteniendo desde hacía un mes.

El correría loco á buscarla; en su rostro lívido, en su mirada angustiada, vería que la amaba; entónces se precipitaría en sus brazos enagenada de alegría y la victoria sería suya, porqué habría comprendido lo que ella quería que era verlo así, celoso y arrebatador.

Escribió una carta con letra menuda y temblona, la puso en un sobrecito de los que usaba siempre en su correspondencia y salió á la calle caminando con paso nervioso

para que después contara á su esposo el muchacho á quién le dió el billetito, la agitación de que estaba poseída.

Cuando volvió á su gabinete se tiró sobre un divan muerta de risa, pensando en su escapatoria que le recordaba las de Rosalina la desdeñada amante de Montesco y las fugas llenas de misterio y recato de las heroínas de la época caballeresca.

Después se ocultó detrás de un biombo pintado pensando en él.

Lo veía en el Club inundado de luz al lado de una mesa de juego; salir corriendo como un loco sin sombrero, subir las escaleras á saltos y precipitarse en su alcoba llamándola á gritos llorando como un niño.

La misma risa que le acometió al entrar de la calle le tentó, y se tapó la boca para no descubrirse. . . .

Un carruaje se había detenido á su puerta. . . .

¡Ah! llegaba. Sintió sus pasos en el vestíbulo; el corazón le saltaba en el pecho, más le dió frío. Los pasos no eran ligeros como los de una persona que vá á encontrarse con su aposento triste y abandonado.

Entró; miró á todos lados, dejó su abrigo y avanzó presentándosele su figura de frente, bañada por la luz rojiza de la lámpara que le caía de lleno de la cabeza á los pies.

No estaba lívido; apenas si una ligera palidez daba algo de extraño á la habitual expresión de su rostro. El nudo de la corbata se mantenía correcto; las ropas alineadas, el ademán sereno y en la frente sobre la que caía el pelo alisado con esmero, no se dibujaba la menor arruga de preocupación ó sufrimiento.

Corina todavía se tapaba la boca pero no para evitar que la risa la descubriera detrás del biombo, sino para contener los sollozos que le subían á su garganta.

¡Que inhumano! ¡Que perverso! Ni un arranque, ni un impetu de furia desenfrenada, ni una acusación.

No tocó nada de lo suyo, no la buscó tampoco. Se quitó los guantes y se sentó á escribir en su escritorio.

El silencio era casi profundo, la pluma rascaba el papel y la luz de la lámpara tiñendo con su luz roja la estancia se esparcía en reflejos tristes en los espejos y en los tapices pesados de las puertas.

Cerró dos cartas; se puso nuevamente el abrigo y salió.

Ya iba á detenerle, pero la rabia de verse despreciada la contuvo y lo dejó bajar las escaleras.

Corina sentía frío; se arrojó y llorando pasó la noche entera.

La aurora la sorprendió así, detrás del biombo y al penetrar indecisa por la malla sutil de las cortinas se mezcló con la luz rojiza de la lámpara dándole una palidez indefinible de tristeza, hasta que entrando á torrentes la luz del día consiguió desterrarla pareciendo que se había recogido como en un globo de fuego en la bomba roja que la cubría.

La calle se llenó de ruido; el sol ya alto filtró en tiritas por las persianas; arrancó reflejos á los dorados y á los espejos sin lograr despertar á la pobre Corina.

Otro carruaje vino á su puerta.

Subieron las escaleras muchas personas con paso tardío; un silencio de muerte reinaba entre ellos. Corina se asomó azorada y vió el cuerpo de su esposo entre un severo cortejo que se lo traían muerto. . . .

¡Se volvió loca!

Aquella mañana se habían batido los dos amigos más íntimos que todos ponían de modelo, Eduardo y Alberto.

El motivo nadie lo supo, ni el mismo Alberto que fué abofeteado en el Club á donde concurrió á un llamado suyo á altas horas de la noche.

Esta historia todos la ignoran, ni siquiera la sospechan los taciturnos guardianes de los locos que no pueden menos de reírse, cuando vén á una demente extremadamente hermosa que se pasa el día escribiendo cartas y esperando á que las léan detrás de las puertas y los muebles.

MANUEL ACOSTA Y LARA.

Junio de 1900.

HERMANA

Para la distinguida poetisa y amiga,
señorita Francisca Ofelia Bermúdez.

Tú, que huyendo del mundo do el engaño
Envenena la vida;

Dás al bueno consuelo en su tristeza
Con bondad infinita.

Tú, que al malo, descreído siempre enseñas
La religión sagrada;

Y guiándolo en sus dudas y deliquios
Dás fé sublime á su alma.

Tú, que al huérfano, pobre, abandonado
Por una madre impía;

Le ofreces tu ternura, y resignada
Velas sobre su vida.

Tú, la santa mujer que amo y venero
¡Oh, dulce religiosa!
Responde si en la vida de los claustros
Hay paz para el que llora.

Dime: ¿la senda que tu planta surca
No tiene hermana espinas?
¿Y á tu mansión sagrada jamás llega
Del mundo la malicia? . . .

ERNESTINA MÉNDEZ REISSIG

Montevideo, Junio de 1900.

DE OTOÑO

Lejos de tí la pena me consume,
porque es mi corazón, de amor henchido,
como una flor que muere sin perfume
marchita por los vientos del olvido.

Por eso en tu mirar, con tanto anhelo
busco un poco de sol, porque es posible
que de tu ingratitud me mate el hielo,
i morir de ese modo es mui horrible!

.

¿Qué soi sin tí? Turpial entumecido
que, lejos de tu gótica ventana,
como le falta de tu amor el nido
no sabe á donde morirá mañana.

Tú eres como esas locas golondrinas
que cuando el huracán las flores trunca,
en busca de otro amor i de otros climas
se van trinando i no regresan nunca!

A. MAURET CAAMAÑO
(Chileno)

POBRE GAUCHO!

(Bosquejo criollo)

A mi buen amigo:
Ulises Estrada.

I

Empezaba á clarear, la peonada esperaba el día mateando en la cocina de negruzco terrón en cuyo techo de paja brava oscurecido por las lluvias, lucían: arcos de barril, alpargatas viejas y algunos otros objetos tirados allí después de considerarlos inservibles.

Alrededor del fogón que con sus brasas de tala y coronilla amortiguaban el penetrante frío de la madrugada, charlaban los peones haciendo mil proyectos para ese día en que se efectuaban unas carreras de importancia en la pulpería de Don Bautista en la costa del arroyo Tala.

Entre mate y mate cebado por un negrito petizón y gordo que era quién lo hacía generalmente, se comentaba el estado del *Pampa* caballito criollo perteneciente al *Indio* García agregado en la estancia y que estaba con carrera atada para esa tarde con un overo del comisario de la sección.

Genaro García ó el *Indio* García como le llamaba comunmente, era un hombre alto y robusto de escaso bigote y en cuyo rostro se revelaba el carácter indomable de nuestros paisanos.

Ostentaba en una megilla una horrible cicatriz causada por el recio golpe de una patada, recuerdo de su juventud en que había sido muy aficionado á domar.

La cicatriz era un tema obligado para todos los que recién lo conocían y á cuyas preguntas respondía con la naturalidad que lo caracterizaba: *Jué una caricia de un mancarrón tubiano muy brabo pa la pata.* Y si se comentaba el tamaño de la herida, respondía: *Si es rigülarcita...* ó movía la cabeza como apoyando los comentarios de que era objeto acariciando con su callosa mano los escasos pelos que á guisa de barba rodeaban la cicatriz.

Era un buen paisano según el decir de todos los que lo trataban, por más que el comisario un tal Barbosa—teniente de línea—le tenía cierto recelo basado en que Genaro no era de los que se dejaban manosear por la policía que se cree con derechos sobre todos.

Marcelino Barbosa era *criollo* de Tacuarembó, pero había hecho sus servicios militares en Montevideo en calidad de sargento en el 5.º, así es que además de su carácter camorrista que lo había hecho odioso en la sección, se unía esa supremacía de todo el que ha visto más y se cree mejor que todos.

Habían tenido ya varios incidentes motivados por el afán de Barbosa en deprimir y humillar á los gauchos, y sin mayores consecuencias debido á la prudente conducta de García que trataba de no perderse (como el decía) por su china y los chiquilines, que quedarían sin amparo si se entreveraba con la policía.

II

Llegó la hora de las carreras y la peonada franca ese día se dirigía á la pulpería del *gringo* Bautista como todos le llamaban.

Era la una de la tarde de un día frío de Junio; aunque el sol con sus débiles rayos acariciaba la tierra humedecida aún por la tremenda helada caída esa madrugada.

A la cabeza del alegre grupo iba García en un petizo rosillo llevando de tiro á su *Pampa* que semi-cubierto con una manta de trozos de bolsa seguía al petizo al tiempo que contra el anca de este flotaba su cabeza acosada por alguna mosca impertinente.

Los compañeros de Genaro acertaban la distancia charlando y pronosticando un triunfo completo al *picaso* de este, pues según ellos decían *Él iba á ganar con cola y lus...*

El *Indio* trataba de desvirtuar sus halagadores pronósticos diciéndole: *no hay que calentarse muchachos, el overo del comensario es un tigre i está en muy buen eslabo...*

Pero estos lejos de atender sus tranquilas reflexiones, seguían augurando el éxito y proyectando *paradas* pues iban á jugar fuerte.

III

Habían llegado á la pulpería de Don Bautista cuya población se componía de un rancho grande techado la mitad con zinc y la otra mitad con paja y á cuyo frente se unía una enramada de palo de palma cubierta por ramas de eucaliptus secas puestas unas sobre otras.

Bajo esta enramada había varios caballos los unos manidos, los otros atados á los palenques y cuyos dueños se hallaban en el interior bebiendo ó jugando al *truco*.

El aspecto de la pulpería no podía ser más animado y Don Bautista se desvivía por atender á todos los pedidos.

Mientras unos se entretenían en jugar á los naipes acompañando su juego con sendos tragos de caña ó guindado; otros escuchaban

con atención las milongas y relaciones que con voz fina y penetrante entonaba un mocito rubio que sentado sobre una barrica se acompañaba en la guitarra. Cada final de las milongas era saludado con ruidosas carcajadas y comentarios sobre la intención picaresca del verso.

En la pieza contigua techada con paja y separada de la otra por un endeble tabique de madera; estaba el billar, un billar viejo y sucio cuyas patas descansaban sobre unos pedazos de tablas puestas allí para conseguir el nivel sobre el desigual piso de tierra.

Esta habitación era la que se usaba para colocar la urna electoral en las épocas de votaciones.

Varios paisanos jugaban al casín haciendo rodar por el raído paño las bolas de marfil amarillento ya por el excesivo uso.

Mientras esto sucedía en el interior, afuera esperaban la llegada de los parejeros haciendo rueda á una interesante partida de *taba* ó jugando á los *bolos*.

A la llegada de García fué rodeado por la paisanada que examinaba el estado del *Pampa* mientras su dueño ya de á pié sacaba con su enorme cuchillo de cabo de plata la tierra adherida á los cascos de su *picaso* para facilitar así su desarrollo en la carrera.

IV

Los caballos estaban ya en el camino; el overo del comisario montado por un *pardo* sargento de la policía, giraba en sus patas traseras embravecido por las partidas hechas.

Barbosa vistiendo el uniforme de teniente hacía separar con un soldado el paisanaje para dejar libre el camino.

Montaba un caballo zaino mestizón aperado con montura, descansando su voluminoso abdomen sobre la cabezada de esta y tocando apenas con la punta del botín de cabritilla los estribos de piquería de plata brasilera con bordados de oro.

Deseoso de demostrar su autoridad y con la altanería que le era peculiar dijo dirigiéndose á García:

A ver si te dejás de partidas y largás de una ves...

Vos lo que querés es cansar mi overo...

Aquel se contentó con mirarle regocijándose interiormente con el futuro triunfo de su *Pampita*.

El paisanaje se había dividido en dos grupos, ocupando ambos los extremos de la senda donde hacían sus partidas los parejeros.

El más numeroso rodeaba á los sentenciadores que en cuclillas y con el caballo de la rienda esperaban a cada lado del camino en el punto indicado como término de la carrera.

El otro se encontraba en el sitio de partida para presenciar así la *largada*.

Algunos de á pié y de á caballo recorrían los costados del camino pregonando en alta voz sus opiniones ó jugando al caballo de sus simpatías.

La muchedumbre se removía ansiosa, cuando el grito de: *¡á mo-son!* exalado á un tiempo por ambos corredores dominó al paisanaje que en inmensa avalancha se dirigió al extremo opuesto mientras Barbosa taloneando su zaino que levantaba galope gritaba en tono de victoria: *Aura ban á ber mi overo...*

V

Con tres luces...fué la contestación que dió García al comisario cuando este queriendo dominarlo con la mirada preguntó el resultado de la carrera.

Aquella contestación hizo estallar en Barbosa el mortal odio que le tenía, así es que avanzando hácia este se disponía á castigar el justo júbilo del pobre paisano.

Su quebrado cuerpo de compadre con la chaquetilla militar ajustada dejaban ver el brujón que hacían sus armas mientras que por debajo de aquella asomaban el empavonado caño de la pistola y la puntera de plata de su daga.

Le ha ganáo á galitas nomás gaucho sarnoso... dijo á García al tiempo que envolviendo la zotera de su rebénque en la mano y poseído de un acceso de cólera descargó un terrible *mangaso* sobre

la cabeza de este que lanzando un rujido de leon herido acometió á su adversario desenvainando su filoso puñal mientras el paisanaje atemorizado por la horrible escena á desarrollarse, remolineaba y huía hácia la pulpería

Los soldados hicieron espalda á su jefe que viendo la actitud de García amartilló su pistola haciendo dos disparos simultáneos sin dar en el blanco.

Genaro al verse así agredido y considerándose perdido, se dirigió á su Pampa que saltó en pelos al tiempo que la caballada asustada por los fogonazos se dispersaba después de haber reventado riendas y cabrestos con que estaban atados.

Barbosa viendo que así se escapaba su fatal enemigo, montó rápidamente su caballo gritando á sus soldados: *¡A caballo muchachos!*

Y se dirigían en tenaz persecución de aquel bandido cuyo horrible delito consistía en haberle ganado la carrera en buena ley y haber hecho uso de armas en defensa propia.

VI

El sol desaparecía lentamente en el horizonte y la luz débil que con sus postreros rayos iluminaba la tierra, ofrecía á la vista un espectáculo desgarrador.

García el pobre paisano de sentimientos nobles fundido en el molde de la honradez y el trabajo, yacía inerte en la orilla del arroyo Tala tendido boca arriba con una mano llevada al pecho acribillado á balazos y cuyo rostro amoratado conservaba aún el sello altivo de su bravura indomable.

El infeliz paisano había sido ferozmente asesinado víctima de los instintos salvajes de Barbosa.

HORACIO E. CASTELLANOS.

Junio 20 de 1900.

UN RECUERDO

Era un pobre chico, de diez ó doce años.—Su cara pàlida, soñadora, en la que parecía que la vida exterior no hacia ninguna impresión, revelaba un espíritu distraído, reconcentrado en sí mismo y que parecía huir de los demás como si estuviera habituado á recibir de ellos nada más que malos tratos.

Se llamaba Juan;—ese nombre tan oído, tan indiferente, que no tiene como otros el dón de atraer la curiosidad.

Hacia un año que iba á aquel Colegio.—Cientos de días habían pasado desde aquella tarde en que se presentó allí, y que recordaba en todos sus detalles.

Lo hicieron entrar y mientras su padre trataba con el Director pues este no quería recibir un nuevo alumno de la clase llamada *de los pobres*, él miraba el Colegio.

¡Que espléndido le parecía! Las columnas de mármol que se alineaban en el precioso vestíbulo, los grandes “Cuadros de Honor” con los nombres de los alumnos premiados á fin de año, los niños que pasaban atareados, y allá á lo lejos el murmullo de alguién recitando una lección, interrumpido á veces por el profesor,—todo, todo le parecía tan agradable! . . .

Se imaginaba los triunfos en la clase, que debían hacerle figurar en aquel espléndido cuadro,—pequeña debilidad,—y aún más en la alegría de su buena madre, la pobre enferma, cuando sentada en su sillón en el que permanecía

inmóvil desde hacia tanto tiempo, le viera entrar ostentando su preciosa medalla de oro en el pecho y con una alegría desbordante. . .

—Y ahora? . . . ¿Que había encontrado allí?

Desengaños . . . Los alumnos no eran malos, pero miraban con tanto orgullo á aquel *pobre*,—como decían—que no se atrevía ni siquiera á hablar con ellos. Los profesores no eran malos, ¡pero eran tan severos! Parecía que se ensañaban con él, como no notando lo débil de su alma, que necesitaba tanto cariño, tanta compasión, tanto consuelo!

Pero nó:—no todo era malo allí; no todos habían sido duros con él.—Recordaba á Luis, su condiscípulo, á aquel buen muchacho de su misma edad, que quizá atraído por su misma miseria le había buscado y tratado de acompañarle, defendiéndole contra la hostilidad y las burlas de todos, y tratando de evitarle todo disgusto.

Luis era *el primero* de clase.

En una clase ser el primero es un título que dá lugar á muchas consideraciones y derechos, y este puesto le dá mucha influencia con el profesor y autoridad sobre los demás alumnos.—

¿Porqué Luis entónces, lo había buscado,—á él, el último,— para su amigo, y parecía complacerse en compartir con él sus recreos?

Pero también como lo quería él! Hubiera hecho todo cuanto hubiera podido por proporcionarle el menor placer —y se lo manifestaba de una manera tan humilde que Luis se sentía atraído cada vez más hácia él y eran dos compañeros inseparables.

¿Y porqué estaba tan triste ahora, el último día del año, el día de la distribución de los premios, cuando todos son-

rien, cuando no es aquella sinó la última reunión, trás de la cual vendrán *las vacaciones*, los meses de descanso, de paseo, de diversión, en que se piensa todo el año.?

Es que recordaba la promesa hecha á su madre enferma.—La había prometido al fin del año volver con la medalla del primer premio, y había tenido siempre la debilidad de asegurar cada vez más la promesa, diciéndola que todo iba bién, que adelantaba mucho, y que era imposible que volviera sin ella.

Y ahora pensaba en la tristeza de la pobre vieja al ver fallida su esperanza, que él había alimentado, y sentía que iba á causarle una pena, la primera quizá.—

Pero nó,—la ganaría el año próximo, se sacrificaría, trabajaría, lucharía, lucharía hasta donde le fuera posible, pero volvería con esa medalla que era su único ideal.

Pero ¿y mientras tanto? . . .

Empezó la fiesta. Los violines hicieron oír una alegre composición que parecía darles ánimo, los alumnos recitaron algunos versos, y allá al fin comenzó la distribución de premios. Uno por uno fueron acudiendo todos los premiados y recibiendo con muestra de júbilo la medalla, que para todos éillos era el logro de sus aspiraciones, el talismán que iba á proporcionarles unas vacaciones felicísimas.

¿Y él? . . . Arrinconado, triste, abatido, como olvidado por todos sus compañeros, contemplaba sus caras risueñas y pensaba en la vuelta á su casa, y en la contestación que daría á su madre, cuando le pidiera la medalla que aún aquella mañana había tenido la debilidad de decirle que

iba á recibir. Abismado en sus reflexiones, estaba ageno por completo á lo que pasaba á su alrededor, cuando oyó que uno de sus compañeros le llamaba.—¿Como? . . . ¿alguien se acordaba todavía de él? . . .

Era Luis; Luis, triunfante, con su premio que había recibido,—y que al verle tan contristado, no pudo menos de preguntarle la causa de su tristeza.—Entónces él ya no pudo resistir, y aunque fuera nada más que por tener un confidente, le contó sus penas, le dijo como había engañado á su madre durante un año; y como no había tenido la fuerza de carácter de confesarle que no iba á obtener ningún premio, y frustrar así sus esperanzas.—

—“Y por eso estás triste . . . ?” dijo Luis.

—Mira, á mi una medalla me preocupa tan poco! . . . Tengo ya cuatro ó cinco. Vamos á hacer una cosa: toma esta, la llevas á tu casa y le dices á tu mamá que te la han dado á tí, ¿quieres? . . . y le miraba con una mirada tan tranquila, como si no le costara nada hacer ese sacrificio de amor propio, que él iba á gritar que nó, que no aceptaba, que era demasiado bueno! . . . Pero pudo más el orgullo, y la tomó. y después de abrazar á Luis corrió á su casa como un loco! . . .

Cuando llegó, le dijeron que su madre estaba gravísima, que había preguntado por él muchísimas veces y que no hacía más que repetir: “la medalla, quiero verle con la medalla!” Corrió hasta el cuarto de élla, y aunque rojo de vergüenza tuvo aún valor para decirle: “Mamá, aquí está la medalla.” Ella le besó en la frente, con tal expresión de felicidad, que su remordimiento por haberle traído aquel premio que no era suyo, aumentó al notar la falta que había cometido.

Ocho días después su madre había muerto; él corrió á

casa de Luis y devolviéndosela le dijo: "ya no la necesito, Luis; mi madre ha muerto. ¿Sabes lo que le prometí antes de irse? . . . Que siempre, que absolutamente siempre en adelante ganaría el primer premio."

Y así lo hizo:—desde entonces, todos los años al concluir el curso se oyó repetir el mismo nombre. Era Juan que cumplía su promesa.

CÁRLOS GONZÁLEZ CARVALLO.

TRISTEZAS

He llorado y riego aún de amargo llanto
 Las tristezas de mi cielo,
 Esas lágrimas que parten desde mi alma
 Llevan fuego, mucho fuego.
 Ilusiones que se pierden,
 Ilusiones delirantes de un ensueño
 Do forjaba mis risueñas esperanzas
 Blancas, puras como al cielo.
 Hoy ya tristes, taciturnas,
 Como nieves del invierno
 Causan fríos en el alma
 Y agonizan con el tedio!
 Y en los blancos lamparones de las nubes
 En la diáfanas regiones de lo inmenso

Sólo veo las tristezas que agonizan
 Y espectrales esqueletos.

Ya boquean los recuerdos . . .
 Esperanzas malogradas causan frío en el alma
 Y agonizan con el tedio!

PLATÓN A. ARREDONDO HEROSA.

VERSOS

.
 Aterido,
 bajo el frío de la noche desolada,
 con la frente hecha un infierno
 en la sombra, de dolor agonizaba.

Los acordes,
 los acordes y las locas carcajadas,
 como lluvia de tristezas
 que cayera sobre el alma,
 del salón en que reías
 se escapaban.

Recostado contra el muro
 yo miraba tu vidriera iluminada.
 En mi espíritu la noche
 cautelosa penetraba
 y prendía entre las flores de mi loca fantasía

densos paños funerarios empapados en sus lágrimas

Los acordes de tu piano
 como risas de ironías muy amargas,
 temblorosas, doloridas,
 se clavaban en el alma.

Cuántas mudas maldiciones!
 Cuántas mudas maldiciones, cuántas lágrimas,
 tú reías,
 yo toraba!

Yo madije de mi vida,
 yo agoté todas mis lágrimas...
 Cuando alzé mis pobres ojos
 como enferma flor de escarcha
 una estrella allá en el cielo
 temblorosa y compasiva me miraba.

RAÚL MONTERO BUSTAMANTE.

NOTAS DE REDACCION

—*Colaboradores:* Florencio Otero Mendoza, vuelve a engalanar nuestras páginas con una nueva producción de su ingenio: *Corazones*, profundo estudio psicológico, en que el joven autor ha hecho derroche de observación, y de análisis, es un hermoso trabajo que llamará justamente la atención.

Florencio Otero Mendoza, que día a día adelanta, vigorizando su estilo que ha llegado a formar, dándole carácter propio y corrigiendo su lenguaje, que hoy maneja admirablemente, ocupa uno de los primeros puestos entre los de su generación que culti-

van el cuento. La corrección y la elegancia del diálogo, al que imprime carácter especial, su estilo aristocrático, su imaginación rica en imágenes y su fina observación forman un conjunto verdaderamente hermoso.

Nosotros saludamos en Florencio Otero Mendoza un luchador, que llegará a la cumbre.

—
 Carlos González Carvallo, joven compatriota que desde Buenos Aires nos ha obsequiado con el sentido cuento que publicamos.

Escrito en un estilo sencillo, casi infantil, que nos recuerda el *Cuore* de Edmundo de Amicis, su trabajo denota un claro talento y la belleza de su alma, abierta a todo lo noble y a todo lo justo.

—
 Platón A. Arredondo Herosa, se inicia brillantemente. Su poesía en que el sentimiento unido a esa melancolía desesperada que roía al autor de *René*, dan una nota de tétrica tristeza, es un bello trabajo.

Arredondo es poeta, y nosotros le tributamos nuestro aplauso al pronunciar el clásico adelante.

—
 Por mejora de servicio debido a inconvenientes insalvables desde el presente número "La Revista" saldrá los días cinco y veinte de cada mes.

DIVERSIONES PUBLICAS

Teatro San Felipe

Gran Compañía Española de Zarzuela, dirigida por los primeros actores Federico Carrasco y Felix Mesa.

Espectáculos por secciones.—Funcion todas las noches.

Precios de las localidades

POR SECCIONES

Palcos avant scene sin entrada	\$ 1.50
Palcos bajos y balcones sin entrada	» 1.00
Platea con entrada	» 0.30
Tertulias con entrada	» 0.30
Entrada à Palco.	» 0.20

POR FUNCION ENTERA

Palcos de cazuela	\$ 1.50
Lunetas de cazuela con entrada	» 0.30
Entrada de cazuela	» 0.20
Entrada de paraiso.	» 0.30

CASINO ORIENTAL

Gran Compañía Cosmopolita de variedades, novedades, atracciones, conciertos, bailes y pantominas.

Dirección: **HENRI DE BEAUCOURT**

PRECIOS DE LAS LOCALIDADES

Sillas reservadas	\$ 0.30
Sillas de Platea.	» 0.20
Entrada general	» 0.10

FUNCION TODAS LAS NOCHES

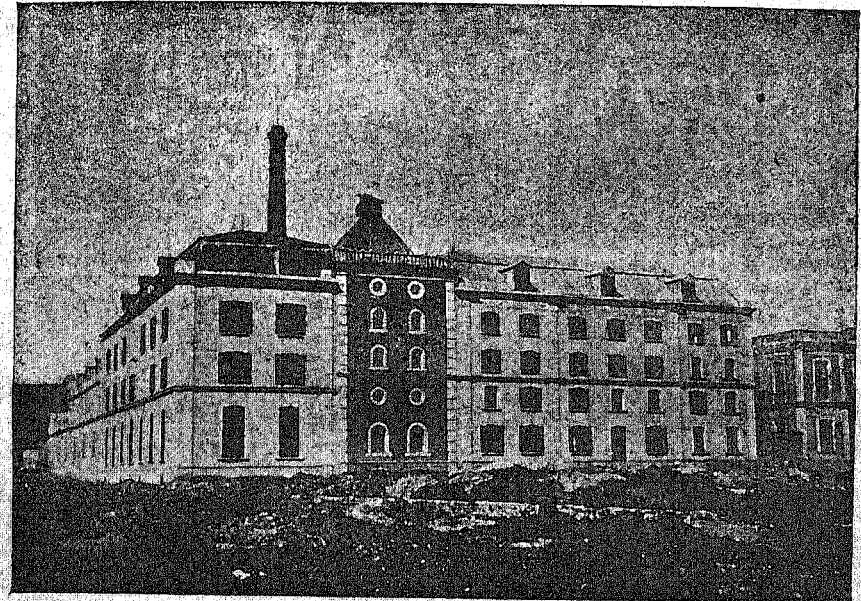
CERVECERIA URUGUAYA

Sociedad Anónima

MONTEVIDEO

CAPITAL \$ 826,400.—ORO

Oficina Central Calle Asunción entre Cuareim y Figueroa.



Cerveza Blanca, Negra y BOCK «de invierno»

Hielo cristalino

SERVICIO A DOMICILIO

Ed. W. Richling

Gerente